

FILOSOFÍA Y CRISIS

“ Si aprendemos a aceptar con modestia la contingencia de todas nuestras opiniones, teorías y doctrinas, anteponiéndoles recurrentemente el lugar del emisor (“yo pienso”) que borre toda la pretensión impersonal que tiene un texto sagrado; si podemos asimilar el hábito crítico de establecer siempre los límites locales de nuestras creencias discursivas, no como falsa modestia...”

JOSÉ CARLOS BALLÓN

Cuando me invitaron amablemente a participar para escribir este ensayo, pensé en este trabajo que fue hecho a propósito de una Mesa Redonda entre académicos que motivó la presente exposición, titulada “La filosofía en tiempos de crisis”, me preguntaba, a qué crisis se refieren.

Puedo entender los discursos que aluden a las crisis psicológicas, a las crisis políticas, crisis económicas, morales, estéticas, científicas, etcétera. Pero estas referencias puntuales pierden sentido cuando pretendemos construir un discurso sobre algo así como la “crisis total”. Me produce la misma perplejidad que cuando pasamos de preguntar “¿qué hora es?”, a preguntar “¿qué es el tiempo?”. La segunda pregunta ha convertido la interrogación por el tiempo en algo enigmático. Y cuando no podemos resolver un problema surge con frecuencia la tentación teórica autoritaria.

Hace mucho que escucho a políticos, profetas, e incluso a algunos renombrados filósofos, usar esta frase en las más diversas coyunturas para referirse al “mundo”, como si se tratara de un hecho evidente. Voy a suponer que estas personas quieren decir algo así como que se ha perdido o no se ha “descubierto” algún “orden natural”, “valor trascendental” u “objetivo histórico”, es decir, cierto estado particular de cosas al que consideran privilegiado en relación a otros, en la medida que podríamos considerarlo “normal” o “saludable” frente a otros “perversos” o “enfermizos”.

Ahora bien, puedo entender perfectamente una doctrina moral, política o cosmológica que exprese nuestra preferencia individual o

cultural por determinado estado de cosas en particular, pero soy francamente incapaz de entender cómo podemos “fundamentar” tal preferencia subjetiva, convirtiéndola en una propiedad objetiva del mundo, de manera que su ausencia hace que “el mundo esté en crisis”, salvo que defendamos una concepción animista del mundo.

Me resulta igualmente enigmática la viabilidad de elaborar una “teoría de todas las cosas” de naturaleza cosmológica, la cual pueda dar cuenta de la “crisis total”. Por algún motivo misterioso, este tipo de doctrinas supone en principio que el mundo como un todo tiene algún fundamento (“principio del fundamento”) o finalidad intrínseca (teleológica) y un orden esencial o natural a tal fundamento o finalidad, del cual se colige que hay una relación jerárquica necesaria entre todos sus estados de cosas posibles.

En estas seductoras doctrinas, el mundo aparece *ab initio* perfectamente coherente (como en las teorías axiomáticas), predestinado (como en las profecías), sin sorpresas o enigmas (como en la lógica), gobernado de manera férrea por alguna “ley” o lógica trascendental por algún destino homérico, o por algún orden natural previamente establecido por la divinidad.

La circularidad de las doctrinas fundamentalistas, fatalistas o providencialistas es patética: siempre suponen lo que precisamente tienen que demostrar. Convierten en axioma lo que es un teorema.

DOS TRADICIONES

El fundamentalismo filosófico no es nuevo. Algunas tradiciones en la historia de la filosofía piensan que esta consiste en elaborar una especie de metaciencia o metadoctrina de todas las ciencias; que se trata de una "ciencia de los primeros principios" encargada de demostrar que la vida, el mundo y todos los saberes tienen algún fundamento, esencia, sentido o finalidad. Denominaremos indistintamente a tales tradiciones, como doctrinas teoréticas, fundamentalistas o esencialistas y a sus emisores los llamaremos profetas.

Otras tradiciones filosóficas piensan de manera inversa: la labor de los filósofos no consiste en proporcionar "grandes fundamentos", ni descubrir "grandes problemas", ni "soluciones finales". Para ellas, la labor de la filosofía podría describirse con términos como "desacralizar", "desmitificar", "desfetichizar", "deconstruir", "desmascarar", etcétera, los megadisursos o metarelatos con pretensiones fundamentalistas.

Intentaré defender este último punto de vista, en la medida en que considero que todo fundamentalismo es teóricamente inviable y pragmáticamente autoritario.

DISCURSOS MONOLÓGICOS

En primer lugar, un individuo se siente capaz de elaborar un metarrelato cuando imagina que puede ubicarse en un lugar privilegiado en el lenguaje —lo que le permite elaborar algún discurso impersonal—, o en la observación —lo que le permite una mirada omnisciente como la del "ojo de dios". Tal ubicación privilegiada es la que le permite describir o mirar el mundo como un todo perfectamente completo. El principio axiomático de completud no sirve acá para delimitar un mundo local, sino a la inversa, para abarcar la totalidad del mundo.

Cuando nos ubicamos en tales discursos, inexorablemente despreciamos a los demás como interlocutores, pues sus opiniones se presentan unilaterales, a diferencia de nuestra visión de la totalidad o ubicadas fuera del mundo delimitado previamente por nosotros. Aparece entonces un discurso que algunos denominamos "monológico", esto es, un discurso sin intenciones dialógicas. El emisor sería una suerte de profeta, cuya visión privilegiada, ubicada en alguna montaña sagrada del discurso o la observación, está destinada a iluminar al resto de los alienados mortales.

Confieso que no encuentro cómo lograr que los filósofos se instalen en este apetitoso lugar privilegiado. Voy a sugerir por ello, que la labor de los filósofos no es tanto protegerse de las personas naturales (de sus miradas locales, de sus lenguajes de primer orden, de sus inferencias naturales, etcétera), sino defenderse de quienes se sienten poseedores de algún lugar privilegiado en el lenguaje, en la observación o en la sociedad.

LOCALIDAD

Voy a admitir que con la palabra "crisis" podemos contar innumerables historias locales sumamente interesantes y útiles. Pero cuando queremos unir múltiples historias locales en un solo megaretrato universal, reproducimos la vieja pretensión de origen judeocristiano de buscar un "acontecimiento fundante" de tal historia universal —un "primer hombre", un "pecado original", un "redentor", etcétera—, en la que aparecen personajes privilegiados que cumplen una función profética.

Convertimos así la "historia profana" en "historia sagrada". Surgen entonces preguntas puramente retóricas que nos torturan porque somos absolutamente incapaces de resolverlas, por ejemplo aquella célebre pregunta

paradójicamente análoga a esta otra: ¿en la caída de qué pelo se origina la calvicie? Los problemas particulares y circunstanciales se han universalizado o sacralizado al punto de volverse insolutos.

Una parte del problema se origina cuando intentamos darle alcance universal a las teorías. Las teorías son construcciones conceptuales unilaterales por dos buenas razones. La primera es por su referencia local, que consiste en aislar un segmento de la realidad para seleccionar una clase finita de entidades y propiedades físicas, químicas, biológicas, económicas, políticas, etcétera, con fines operativos de cálculo y manipulación. En segundo lugar, a partir de ello elaboran un lenguaje igualmente finito y unívoco con el objeto de darles consistencia, que es una propiedad de las teorías y no del mundo real.

Cuando se olvidan dichos límites de toda teoría, aparecen las pretensiones de elaborar doctrinas que sólo tienen la forma de superteorías finales sobre la totalidad de las cosas. Parece algo tan sencillo como cuando armamos un rompecabezas. Se piensa que basta sumar todas las teorías científicas locales para tener una superteoría de la totalidad del mundo, sin reparar en el hecho de que estamos juntando infinidad de entidades heterogéneas con propiedades divergentes que impiden cualquier coherencia suprateórica.

El resultado suele ser, la elaboración de conjeturas pseudoteóricas, muchas veces cautivantes pero totalmente inconsistentes y vacuas. Pretenderemos que las sociedades como un todo son consistentes, que las personas como un todo son coherentes y que la naturaleza como un todo también lo es. En realidad estamos exigiendo que infinidad de entidades heterogéneas y de propiedades diver-

gentes, entren, a como dé lugar, en el lecho de Procusto que requieren las teorías: la localidad de su referencia y la univocidad de su lenguaje.

METARRELATOS

Para eludir esta insalvable dificultad, los autores de metarrelatos metafísicos inventan "entidades" de segundo orden como "naturalezas" (la "naturaleza humana", por ejemplo), "esencias", "substancias", "finalidades", "estructuras profundas", "existenciarios", etcétera, que supuestamente subyacen invisiblemente tras las heterogéneas cosas del mundo público sensible al que tenemos acceso todos los mortales.

Tales entidades poseerían además propiedades ("valores" o "relaciones") completamente distintas a las que poseen las cosas de nuestro plural y cambiante mundo sensible. Dicho mundo se convierte por *ars* platónico—Nietzsche *dixit*— en el "mundo verdadero". Y esta "huida del mundo sensible" es considerada como una "virtud" digna de profetas, visionarios, sabios, moralistas, caudillos y demás individuos de esta clase privilegiada.

El problema no está, por supuesto, en elaborar constructos conceptuales de segundo orden. De hecho, las teorías científicas elaboran infinidad de ellos (los conjuntos matemáticos, por ejemplo, son de esta clase). El problema es convertirlos en "entidades" reales de la misma clase (aunque con una "dignidad superior") que las cosas sensibles, pues el mundo comienza a ser poblado de fantasmas, aparecidos, ángeles, demonios, milagros, etcétera.

Se origina entonces una tentación totalitaria, es decir, la idea de que hay

un fundamento al cual no acceden otras personas o teorías instaladas en el mundo sensible, que por supuesto no son aceptadas como interlocutoras válidas. Como dicen las palabras evangélicas: "bienaventurados los que no vieron y creyeron".

Creo que la filosofía sugiere emprender una actividad crítica inversa al uso teorético o doctrinario. Esta consiste en establecer la unilateralidad o limitación local de cualquier mirada y abrir el espacio a otras opiniones, a nuevos horizontes de interpretación y acción; problematizar toda pretensión de un vocabulario, teoría o doctrina final que no reconozca interlocutores válidos. Todo tirano siempre intenta justificar de este modo su no aceptación de interlocutores válidos, esta es una actitud muy frecuente en nuestro país, donde la discriminación y el abuso de poder no son novedosos sino cotidianos.

ANTIAUTORITARIA

Entonces, si alguien me preguntara ¿es útil la filosofía?, respondería afirmativamente. Diría que la actividad crítica e imaginativa para sugerir nuevos horizontes es condición necesaria del progreso. Ello supone que no hay que tomar ninguna opinión como definitiva, que no hay que considerar omnisciente ninguna mirada, ni ningún lugar del lenguaje ni de la lógica como privilegiado. Sugiero invertir aquella frase de Hegel en sus *Lecciones de la historia de la filosofía*, donde dice que "la historia de la filosofía no es la historia de opiniones, sino la historia de la verdad".

Es la pretensión de someter a otros, la que nos lleva a ningunear sus discursos y a suponer que hay algún emisor impersonal que nos permite hablar a nombre de la verdad o la salvación como un todo. Esa es la fuente de todas las atrocidades y abusos. Pienso que es tarea de la filosofía

mostrar que no hay una sola opinión, que no hay una sola solución general (o "final", como decían los nazis), que no hay un solo problema trascendental sino muchos problemas locales, y que aislarlos y analizarlos, es el punto de partida teórico de su solución, que es siempre local y limitada. Siempre que, por supuesto, busquemos una solución humana y no divina.

Creo que la filosofía es de gran utilidad si sabemos jugar este sano papel disolvente: preguntar, problematizar y sugerir nuevos ángulos de visión. Dejemos a los científicos la elaboración de teorías locales que expliquen cómo es el mundo, así como a los doctrinarios, políticos y moralistas elaborar doctrinas de cómo debería ser el mundo. Todas sus investigaciones o especulaciones son interesantes, pero sobre ellos debe caer nuestro interrogatorio crítico, sin olvidar que los filósofos no somos los poseedores del saber, de la verdad o de la razón, ni profetas de la salvación general de la humanidad.

Si aprendemos a aceptar con modestia la contingencia de todas nuestras opiniones, teorías y doctrinas, anteponiéndoles recurrentemente el lugar del emisor ("yo pienso") que borre toda la pretensión impersonal que tiene un texto sagrado; si podemos asimilar el hábito crítico de establecer siempre los límites locales de nuestras creencias discursivas, no como falsa modestia sino como la clave de su eficiencia; creo que contribuiremos a desatar muchos nudos existentes en nuestro tejido cultural que entranpan la fluidez de la convivencia de las múltiples formas de vida que se aglutina en nuestra comunidad.

Las doctrinas fundamentalistas han intentado suprimir una y otra vez los nudos existentes en nuestra historia política y cultural apelando a una vieja tradición autoritaria, pero todas estas experiencias han terminado envenenando aún más nuestra convivencia

social desde la familia hasta el Estado.

Discúlpennos si no puedo anunciar hoy una teoría total de la crisis actual que resuelva todos —o casi todos— los problemas existentes, pero dichas doctrinas totales, sus problemas esenciales y sus soluciones finales me resultan, con frecuencia, sumamente sospechosas.